

Una mañana de marzo, a las 7:40 am exacto, Mariana estaba lista para ir a la escuela, pero tenía un solo problema, no lograba rescatar su mirada que se había quedado clavada en la pared de su habitación. Estaba inquieta por tantas cosas que había pensado sentada en su cama al despertar. Cuando logró volver, se dio cuenta del poco tiempo que le quedaba para llegar al colegio, así que tomó a su mamá de un brazo y salió disparada de casa.

Gracias al apuro, Mariana pudo entrar a tiempo a clases, pero sentía una tormenta dentro de ella, era como sentir frío y calor a la vez, o algo peor, como una combinación muy extraña de emociones.

Finalmente, guiada por una paradocente, encontró su sala, pasó y fue con la profesora para presentarse, y así lo hizo recordando el consejo de su madre: “se respetuosa y saluda con cariño, recuerda cómo somos nosotros”, así que se acercó y le dio un beso en la mejilla, después la profesora le dio la bienvenida y le asignó un puesto, al lado de una niña que parecía agradable.

Cuando se sentó, soltó un suspiro y con él se decía a sí misma que su primer año escolar, en un nuevo país, no sería tan difícil después de todo. Hasta que escuchó la voz de la profesora mencionar su nombre, y le pedía que se levantara para pasar al frente y presentarse ella misma ante la clase. ¡Qué vergonzoso!

Le volvió el calor en la cara, el frío en las manos y el ardor en la guata pero, como pudo, se levantó de su asiento y se paró al frente de toda su clase. Solo sentía el peso de las miradas de cada uno de los niños, y pensaba en el poco tiempo que le había dedicado a su cabello esa mañana.

“Aquí voy”, susurró, y afinando su garganta empezó a decir con voz tímida:

- Hola, mi nombre es Mariana González, estoy recién llegada, soy venezolana y vivía en Cagua, una pequeña ciudad al norte de mi país... y bueno, no sé qué más decir.

- Dinos cómo te sientes en Chile, ¿te gusta? – preguntó su profesora.

- Bueno la verdad, me ha parecido muy chévere – y justo al decir esa última palabra a Mariana le salieron cachos, horribles y grandes, cosa que asustó a todos los presentes, incluyendo a la profesora.

- Ya, bueno Mariana, bienvenida, puedes sentarte de nuevo.

Nadie entendió, fue muy extraño, pero luego comenzó la clase de Arte y Mariana esperó la oportunidad para buscar la excusa para hablarle a su compañera, y le dijo sonriendo: “qué lindo el color de tu lámina de foamy”.

La niña la miro con asombro y Mariana sintió que le salía un tercer ojo en su frente. Incómoda y sin saber lo que sucedía sólo se preguntaba: “¿será que me hizo mal la arepa con queso que me comí?”.

Las horas pasaron lentamente pero Mariana, a pesar de los inconvenientes, logró terminar su primer día de clases. Llegando a casa su mamá le pregunta:

- ¿Cómo te fue hoy mi amor?

- Bueno, al parecer tengo cachos, un tercer ojo, creo que me están saliendo verrugas en la nariz, además, no tengo cédula ni pase escolar, por el apuro se me quedó la Bip y no entiendo mucho a las personas cuando me hablan. ¡Oseaaa, súper chimbo mamá!

- Vas a tener que aprender a hablar como se habla acá para que no te sientas tan diferente.

- Pero mamá, soy venezolana, y no quiero cambiar.

- No te estoy pidiendo que cambies, siempre serás venezolana, pero aprende a comunicarte - Mariana puso cara de capricho y luego de un rato dijo: “que fome, mami”, y ambas soltaron fuertes carcajadas y se abrazaron.



UNHCR
ACNUR

La Agencia de la ONU para los Refugiados

unicef

para cada niño